

NO VEAS

20  
CTS



GALLOFO.

EL PERRO FACCIOSO. — ¡Sí que es un huesecito...!

Ayuntamiento de Madrid



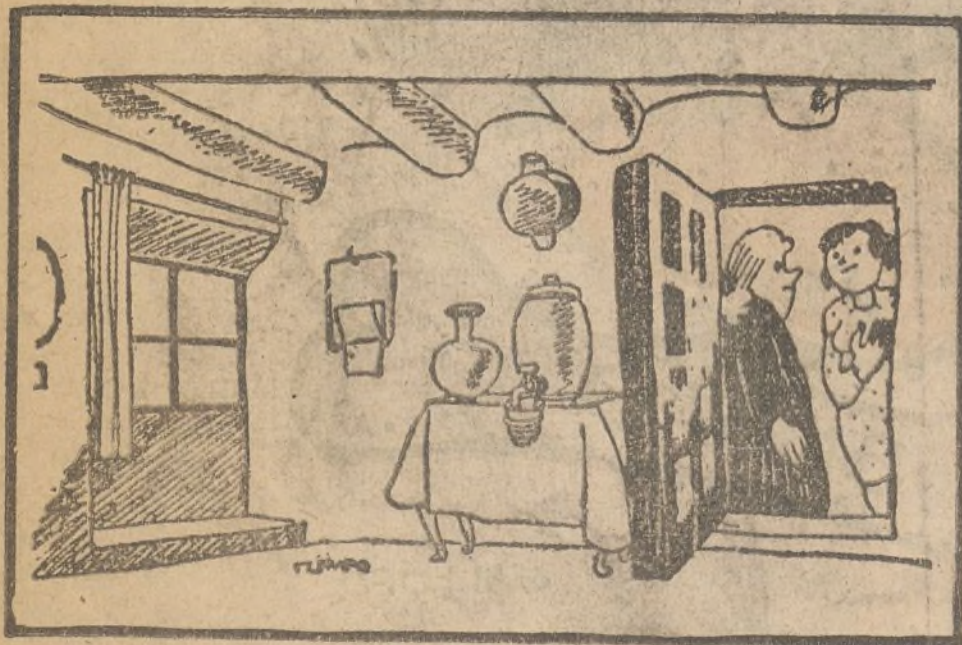
# risa Española



AMAZONAS DEL CAMPO FACCIOSO  
(De «Acracia», Lérida.)



EN EL NORTE



—¡Ay, qué miedo tengo a los bombardeos!  
—No temas, que la escuela y la iglesia están lejos de esta calle.  
(De «El Diluvio», Barcelona.)



¡LA DIGNIDAD FASCISTA... A LA ALTURA DEL BETUN!

(De «A B C».)

ANTE CIERTOS RUMORES, por Echea.



El único abrazo de Vergara posible.

(De «La Voz».)



EL ALEMAN.—¡Yo kiero cobrart...! ¡Yo kiero cobrart dal Gobierno d'Aspaña, porque Von Franko no paga!

(Nota del caricaturista.—Como ve el lector, sólo protesta el alemán, porque los italianos ya han cobrado lo suyo.)

(De Bagaría, en «La Vanguardia», Barcelona.)



## Consignas de

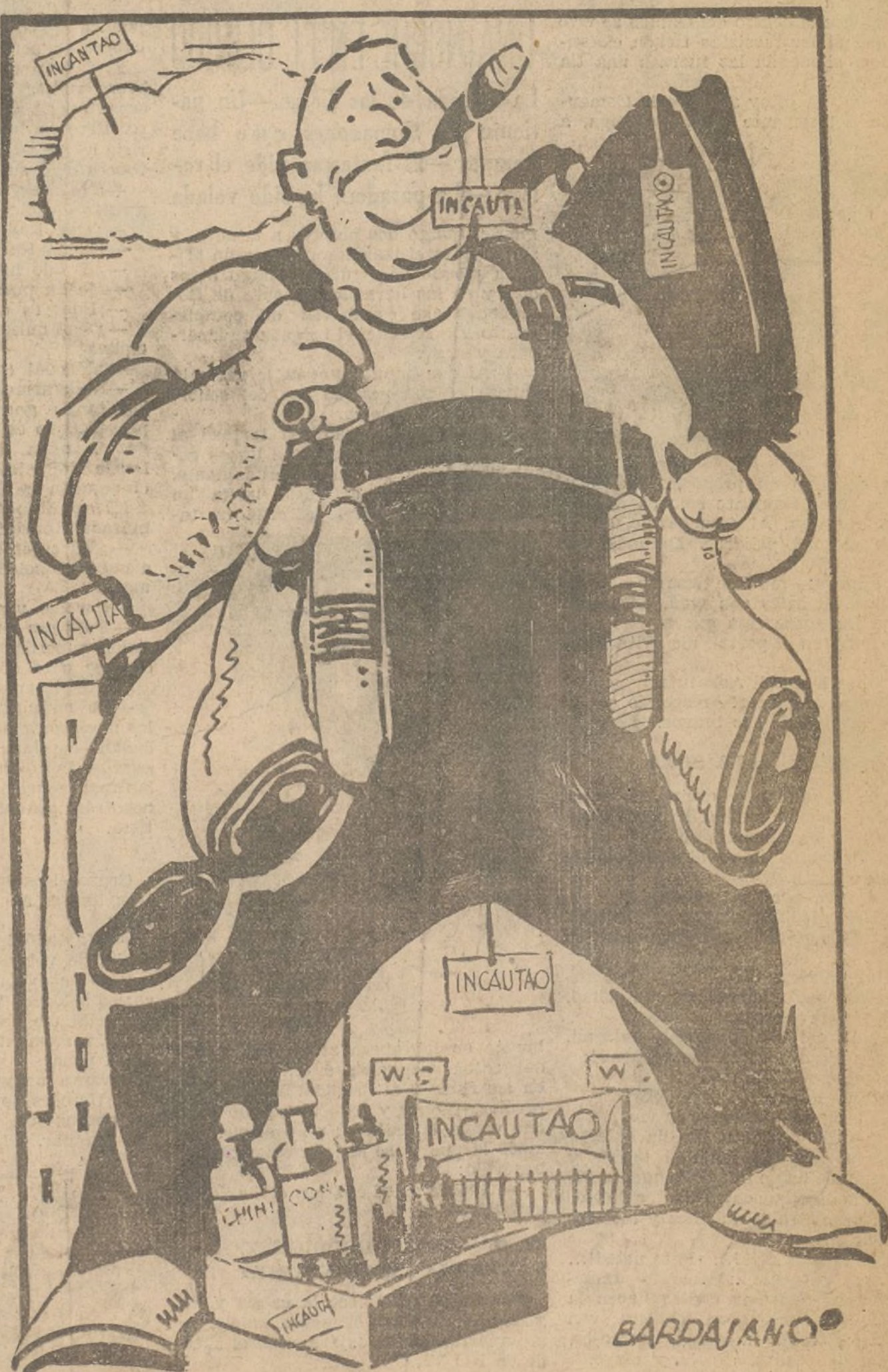
NO VEAS

Es mi amigo Nicolás  
ultrarrevolucionario;  
se ha incautado de un ar-  
[mario,  
tres jamones y un cabás.

Hazte amigo del vecino  
si tiene jamón y vino.

Fúmate un purazo a solas  
sin pasarte por las colas.

Tráete víveres si puedes,  
Nicomedes  
(Porque si no, ni come-  
des, ni bebedes, ni fuma-  
des).





¡Ya tenía yo ganas de pasar una noche en el Clínico! Mis arrojados camaradas los cronistas de guerra nos están llenando la cabeza con fantasías. Que si dentro del Clínico se vive así, que si los fascistas tienen elefantes, que si manda las fuerzas una tía de Yagüe...

Por fin, ya estoy aquí, en la Comandancia del teniente coronel Ortega, a



quien expongo mi propósito de encerrarme completamente solo en la fortaleza facciosa. Al escucharme, el teniente coronel palidece. Después, me abraza:

—¡Popeye!—me dice trémulo—. ¡Tus informes, si sales con vida, arrojarán mucha luz sobre esta guerra!

Después, en el portal, me grita emocionado:

—¡Gora Euzkadi Askatuta!

—¡Gora Askatuta!—respondo yo, y me desprendo de sus brazos.

## DOS PESETAS A LA SOTA

Andando, andando, encuentro a un pastor parado, a quien la pérdida de las cabras ha enloquecido.

—¿Por dónde se va al Clínico?—le pregunto.

—Por ahí, por esa vereda.

—¿Están los fascistas, o han salido?

—¿Hoy, qué es?—me pregunta a su vez.

—Hoy, jueves.

—¡Pues hoy reciben! ¡Corra usted, que los pilla en casa!

La mole del Clínico se abre ante mí. Una voz aguardentosa me responde:

—¿Quién interrumpe?

—¡Aquí, Popeye!

—¡Ah, bueno!—rezonga la voz.

El guardia civil que me ha abierto la puerta gargajea bajo el bigote y me pregunta hosco qué es lo que deseo. Cuando le digo que soy redactor de NO VEAS, su rostro se dulcifica y me dice amablemente:

—¡No faltaba más!... ¡Pase usted!...

En una estancia ricamente amueblada, unos guardias civiles hacen la comida. En una gran caldera van echando botes de mostaza, correaes, cerrojos de fusiles, canela y clavo.

—Es el plato único—me aclaran.

Me acerco a un grupo que juega al



# LA FETÉN.

(CRONICAS DE GUERRA)

## UNA NOCHE EN EL CLINICO

La comida de las fieras.—Un pariente de Romanones que hace trampas.—El fantasma pide el relevo.—La pasadera ha sido volada

monte. Pongo dos pesetas a la sota, y se las lleva el banquero, que es un brigada picado de viruelas. Pongo otras dos, y se las lleva un pariente de Romanones que es alferez de complemento. De repente, el brigada se incorpora y ruge:

—¡Al que haga trampas, le parto la cabeza! ¡Esas pesetas son del señor!—gritó señalándome.

El alferez le sacude tal tortazo al brigada, que desde nuestras líneas comienzan a tirar desesperadamente, creyendo que la artillería inicia un ataque. El brigada le estrella un ta-



burete en la cabeza al alferez, y dos sargentos comienzan a darle patadas en los riñones al brigada. Yo saco mi revólver-tanque y pego un silbido para que venga la tartana; pero el que me abrió la puerta se me acerca y musita benévolo:

—¡Guarde usted eso, que el diablo los carga!

## EL CAMARADA RODRIGUEZ, FANTASMA STAJANOVISTA

Por fin se restablece la calma y los guardias reanudan el juego, aunque yo me aparto, por no dejarme allí el sueldo de NO VEAS.

De repente, me estremezco. Por una pared se ha filtrado un fantasma. Le

cubre una sábana agujereada a balazos, y sobre ella, en negro, se ven la hoz y el martillo.

—¿Qué es eso?—pregunto aterrorizado.

—Nada—res-

ponden los que juegan sin volver la cabeza—; será el fantasma.

El fantasma viene hacia mí con un breve rumor de viento. Yo retrocedo espantado. Ya está junto a mí. Disparo. Pero la bala le atraviesa sin herirle y se estrella en los muros. Entonces oigo su voz:

—¡No seas bestia, que soy Rodríguez!—me dice.

—¿Qué Rodríguez?

—El del Radio Oeste.

—¿Y qué haces aquí?

—Me ha puesto Girón de fantasma.

—¡Pues es un carguito!...

—¿Qué quieres, camarada? ¡La disciplina!

—¿Y cuál es tu misión?

—Infiltrarme entre los civiles. Ya los tengo ganados. ¡Chico, esto del proselitismo es que no falla! ¡Y no digamos nada de las infiltraciones!... Desde que estoy yo aquí, los civiles se chunguean de Franco.

Mi asombro no tiene límites. El camarada Rodríguez continúa:

—¿Tú creerás que los civiles matan a nuestros soldados nada más que por matar?

—Por eso, y porque son unos c...

—Pues eso no deja de ser una suposición superficial. Los civiles matan obreros para despistar.

—¡Retricornio!

—Yo no niego que cuando uno de los nuestros asoma el coco, éstos le sacudan—continúa el compañero Rodríguez—. Pero eso lo hacen para cubrir las apariencias. En realidad, están con nosotros, gracias a mi labor proselitista.

\*\*\*

Cruzo el campo en dirección a nuestras líneas. Al llegar al río lanzo un taco:

—¡Maldición! ¡Nuestra Artillería acaba de volar la pasadera!

Pero se oye una corneta. Aparecen varios soldados pontoneros fascistas, y el oficial me dice:

—Un momento. En seguida podrá usted pasar.

Levanta un puente y cruzo.

—¡Ustedes lo pasen bien!—digo a los pontoneros.

—Mandar.

POPEYE

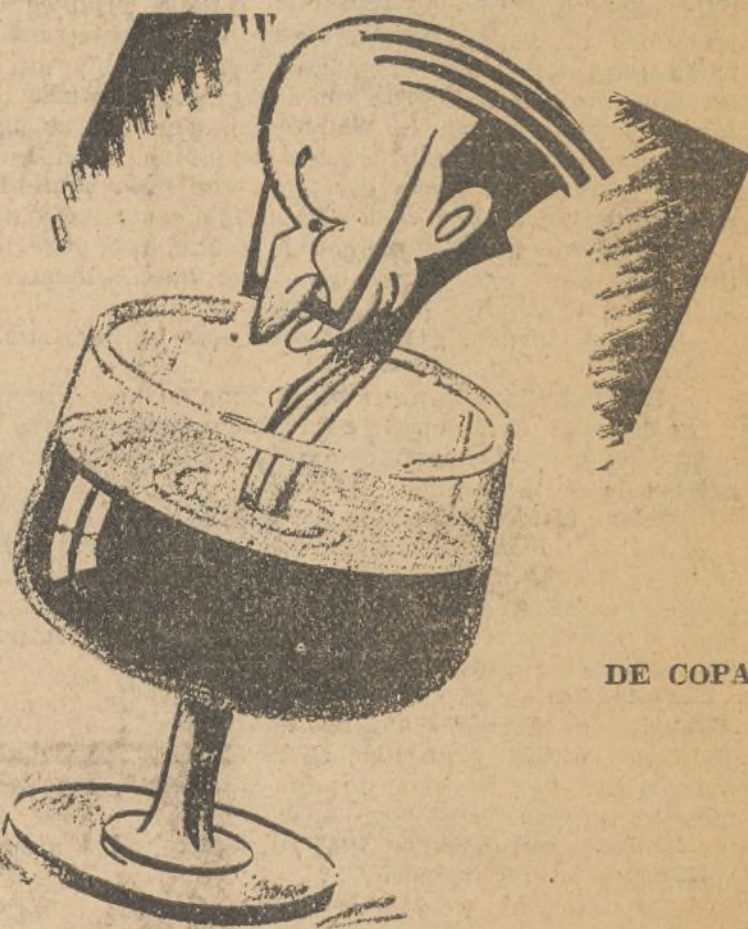




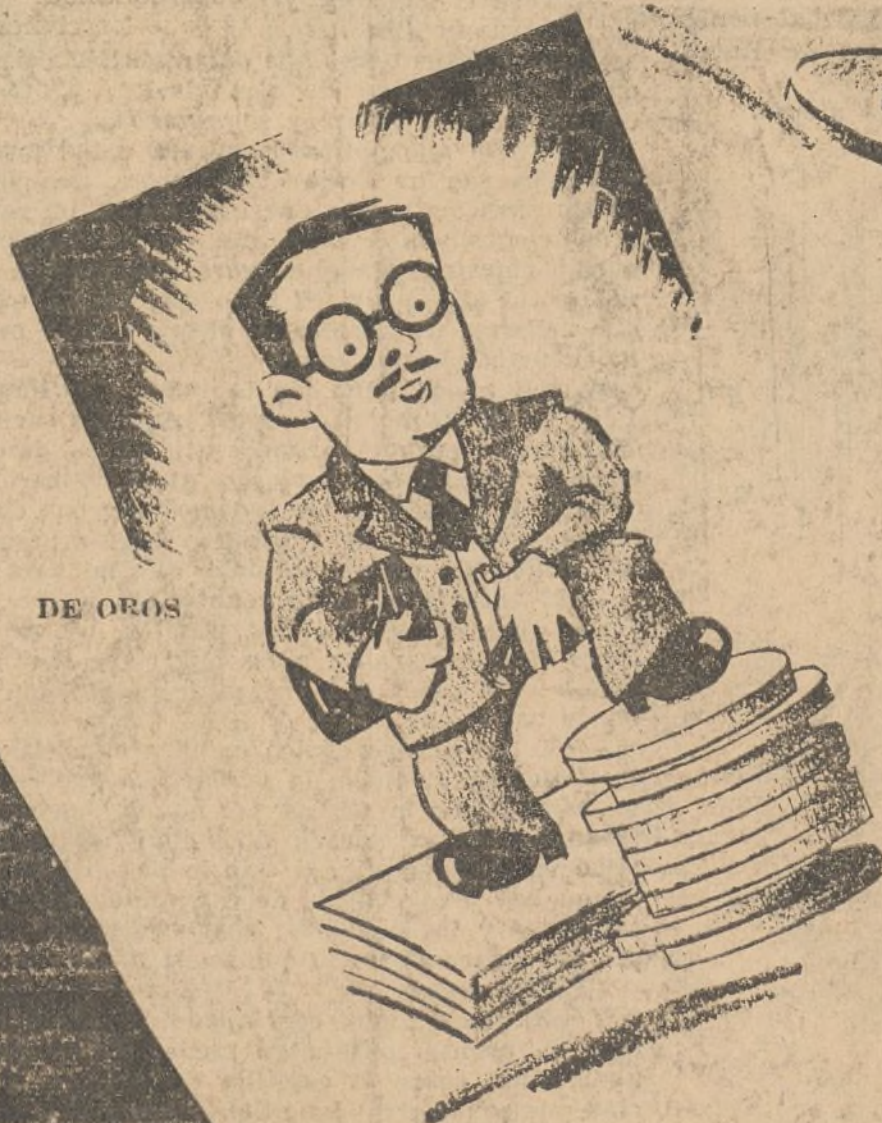


DE BASTOS

# poker de ases



DE COPAS



DE OROS



DE ESPADAS



## REPORTAJES IDIOTAS

## TRINI, LA ESPIA TERRIBLE

De no haberlo visto, no se podría creer. Entre los obuses que caen sobre los objetivos de la Gran Vía, donde bien saben los facciosos que se reúnen grandes concentraciones de vendedores de insignias, pasaba una dama rubia parándolos con el meneo y la pausada gachonería de una modelo en tarde de carreras. El «lucky» en la mano y los ojos en la Telefónica. Se coló en un café, pidió chocolate con media para despistar y continuó queriendo ahumar el techo del local con esos sopliditos que uno no ha visto dar más que a las «estrellas» del cine.

Yogiéndome la barbilla con la mano, me puse a meditar: «He aquí una mujer que tiene buen tabaco.» Y me acerqué a castigarle la cajetilla:

—Buenas tardes. ¿Quiere usted que la haga un reportajito?

—¡Oh, caballero, qué amable! Pida lo que quiera...

Me hinché: café, copa, cigarrillo inglés, y otro café y otra copa y otro cigarrillo inglés. Y así hasta que se puso a tirarme de la lengua:

—Pero ¿no decía que me iba a hacer...?

A mí es que no me gusta soltar prenda con estas mujeres exóticas, porque, a lo mejor, le resultan a uno unas espías perdidas. Pero ya que ella se empeñaba..., saqué lápiz y block y comencé el interrogatorio con la perspicacia psicológica que uno tiene:

—Usted no es de la localidad, ¿verdad?

—Soy natural de Monforte de Lemus; tengo veintitrés años, dos meses y un día; sé conducir y jugar al tenis; me gustan las novelas de don Rafael López de Haro; me eduqué en...

—Bueno, bueno. Y ¿a qué se dedica usted ahora?

—¿Que a qué me dedico?



...olvió a echar el humo al techo. ¿Qué afán de vampirrear! Me miró casi despectivamente y dijo esto, nada menos que esto, lo que yo me estaba temiendo:

—¡Soy una espía!

¡Ay, mi madre! ¿Y qué hago yo ahora? ¿La denun-



cio? ¿Me la llevo detenida? Pero el caso es que se deben grandes cantidades de cafés y coñacs que yo me he tomado. ¿Quién me meterá a mí en estos líos? Total: que lo pensé mejor y seguí mi interrogatorio, sin darle importancia:

—¡Ah, caramba! ¿Una espía? Eso está bien, joven. Pero ¿qué es lo que espía usted?

—¡Anda el euxebre! ¿Qué he de espiar, filliño? Pues a los gubernamentales.

¡Arrea! ¿Que tengo que detenerla!! Precisamente ahora, que tenía yo ganas de otro «lucky» y otro café y otra copa. Bueno; lo pediré y seguiremos.

—¿Y con qué aptitudes cuenta usted para eso?

—Pues con un traje «Fantomas», una sortija con depósito para los polvos que adormecen, un revólver con incrustaciones y una gran predisposición desde niña a tragarme objetos, cosa que ahora me sirve de mucho en los momentos de apuro. El otro día, sin ir más lejos, tuve que pasarme un tenedor en el que uno de mis agentes me había mandado una nota.

¡Lada, nada! ¿Que me la tengo que llevar como sea! Pero ¿y quién me va a creer? Aquí ha sacado de un bolsillo catorce carnets, grandes existencias de certificados de trabajo, brazaletes tricolores, un muestrario de insignias de las más caras y un block de postales con vistas de Moscú. ¡Cualquiera la agarra! Prefiero seguir preguntando. Mejor dicho, ella sigue contando, que no para:

—Mi trabajo es emocionante. De noche salgo con mi traje «Fantomas» por los pasillos, aunque con eso no logro más que acallar a los niños que lloran. Pero de día vengo a los cafés y, a fuerza de guiños, me dicen los soldados cada cosa...

—¿Y por qué se dedica usted a esta clase de trabajo?

—Pues mira, chico, la verdad: es que estuve liada con un concejal de la Ceda, y el hombre, que está ahora sin trabajo, me hace llevarle unos cuartitos todas las noches... ¿Qué va a hacer una, si esto lo pagan bien! Y luego, que ya no hay esos centros de esparcimiento como antes: los cabaretes y los dancines; porque estos republicanos quieren acabar con todo lo que huele a cosmopolita.

—¡Si te digo!...

Y allí hubiéramos continuado hablando si no es porque, de pronto, pasó algo tremendo: viendo que yo me abalanzaba sobre la cajetilla de «lucky», sin más intención que coger otro cigarrillo, debió acordarse de que tenía en ella alguna nota tomada y se la tragó. Puso los ojos en blanco, me miró muy angustiada, y diciendo: «Me llamo Demetria; pero ponme Trini en el reportaje, que es más fino», cayó redonda bajo la mesa. ¡Pobre concejal! Cuando sepa por nuestro periódico la verdad de esta triste historia, va a tener que dedicarse a las faenas propias de su sexo.

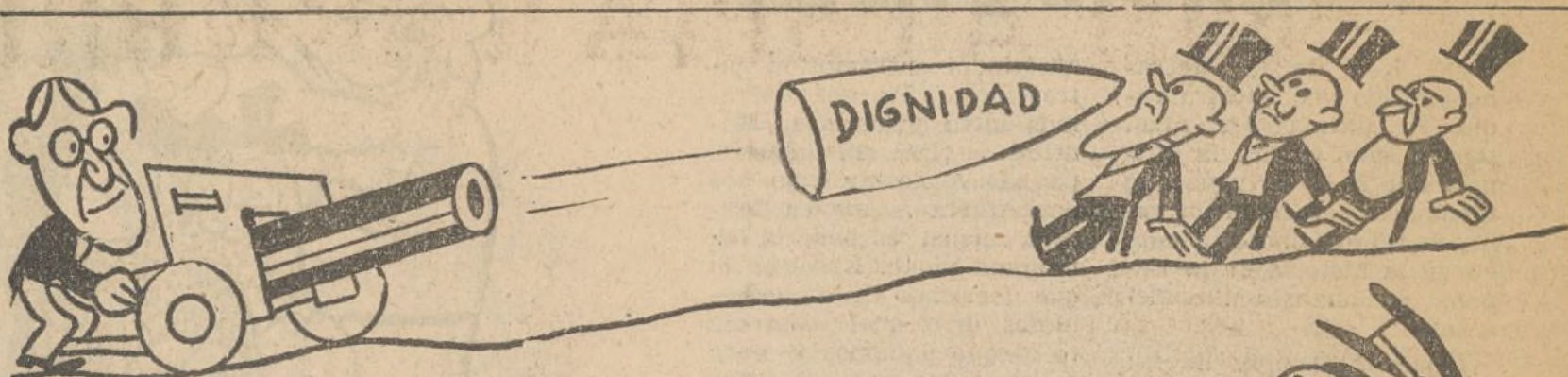
RECUERO



NO VEAS

# SE DICE... POR ALFARAZ

7



QUE ALVAREZ DEL VAYO  
HA CAÑONEADO CON GRAN  
EFICACIA, LAS POSICIONES  
DE LOS SEÑORES DE LA  
S.D.N.



ROBAR  
ASESINAR  
CORRER



QUE EL OTRO  
"GENERALISIMO"  
LLAMADO MOLA, HA  
TENIDO LA DESGRACIA  
DE RESBALAR EN UNA  
CÁSCARA DE PLATANO,  
ALLA POR TIERRAS DE  
EUZKADI.

QUE LOS EJERCITOS  
"NACIONALES" DE VON  
FRANCO, PROCURAN APREN-  
DER EL ESPAÑOL AUN QUE  
YA SON ESPECIALISTAS EN LA  
CONJUGACIÓN DE LOS VERBOS  
"ROBAR" "ASESINAR" Y "CORRER"



QUE EL PAPA YA NO SABE A  
QUE LADO ECHAR SUS BENDICIO-  
NES, PUES, DE DERECHA A IZQUIER-  
DA, ANDAN MAL SUS ASUNTEJOS



QUE FRANKO, PERDERÁ  
LA GUERRA, POR QUE ES  
QUIEN TIENE LA RETAGUAR-  
DIA, MAS ESTROPEADA.



QUE EL MADROÑO  
SIGUE EN PODER DEL  
OSO.

Alfaraz



# RADIO TROLA

«El león de la Metro» ha emitido por nuestra radio su última charla. ¿Quién sabe si será la última! Por si lo es, y ya que tardamos siete días en salir, la reproducimos, a cargo de la historia de la España nacionalista italoalemana.

Dijo así el muy idiota: «Mu güenas, señores. ¡Ole! Estoy hablando ya el andalú más bien que si m'hubiera



criao por estas dehesas. M'estoy vorviendo fulero der tó, dicho sea sin ánimo de ofendé—aun'ue ar que se ofenda ya sabe que lo fusilo, y a otra cosa—. Güeno; que con la tajá que hemos pillao esta madrugada, se me van las ideas (las güenas, porque las malas las tengo bien agarrás). Hoy tengo que hablarles a ustedes un poco de los combates ferocísimos que están librando nuestras tropas de Mussolini en los frentes del Centro y de Euzkadi, donde a los republicanos les estamos derrotando... ¡Ah!, y antes que se me orvie tengo que decirles que anteayer mismo, por la mañana, antes del obscurecer,



derribamos dos «chatos» en Begoña. En Begoña..., el bar de la calle Albaredá, donde van los vascos de este lao. Claro: como Echaogorritas, er camarero, nos los puso tan ar borde der mostradó, pues no hice na más que rozarle con er deo y se vinieron ar suelo como las bala. Y ahora, ar grano: Ya sabéis que en

Madrid ni entramos ni entraremos. ¿Pa qué queremos entrá nosotros en Madrid?... ¡Pa ná, hombre, pa ná! A nosotros no nos hace farta entrá en Madrid, ni en Birbao, ni en ninguna parte. Nosotros lo que queremos es lo que venimos haciendo: destrozá to lo que podamos y matá a los niños y a los viejos, que no hacen farta pa ná y que más bien son una carga, pa que los que quedan vivan más a gusto y con más horgura. Ahora, que estoy viendo que no nos lo agradecen. También lo hacemos porque de alguna manera y en argo tenemos que empleá las municiones que por barcos llenitos hasta arriba nos mandan Alemania, Italia y Portugal... Nosotros seguimos jugando a la guerra, matando a to er que podamos y disfrutando, entretanto, to lo que podamos: rodeaos de cañas de vino, lonchitas de jamón y mujeres guapas... ¿Que vamos a perdé la guerra?...



Si ya lo sabemos hace un rato largo, permazos; pero ¿y lo que estamos disfrutando ahora?... Cuando llegue la hora, nos piramos y ya está. Después... que nos quiten lo bailao, lo que hemos presumio y lo que nos hemos guardao!...

Güeno, y voy a terminá por hoy; porque con lo que tragué anoche y esta madrugada y con lo que me queda que tragá entoavía, estoy que no veo... Conque hasta la próxima..., que diré, seguramente, to lo contrario. Mu güenas.



NEAS



Ayuntamiento de Madrid

# JUNTA de BURGOS

El miércoles 26 del actual.—Pego a palabra. Eu capital del queso, la manada que capitanea Franco. Asistieron los de siempre. Von Keipo se excusó por estar con la «tajá».

Presidió un hermoso ejemplar bovino, en representación del «Bello Adolfo», y, también como siempre, actuó de secretario-sacacorchos Ramoncito Franco, que sigue escribiendo ayer con hache y hoy sin ella.

A las cinco en punto de la tarde suena el clarín y se abre la sesión. El presidente, con un leve mugido, indica a «Franquito» que dé lectura al acta de la sesión anterior.

Ramoncito, con su peculiar tartamudeo, comienza la lectura, siendo frecuentemente interrumpido con bramidos furibundos, distinguiéndose en su contumacia el representante del Duce, que, no contento con sus terribles mugidos, en un arranque, verdaderamen-

¡buena yunta de «capronis»!

El presidente (agitando un cencerro).—Tomnar Betta. Arr Got for damis!

El representante de Portugal.—Poço a palabra. Eu digo que o representante d'Italia se têm posto como um cavallo marinho en na sua interrupção. Eu digo que nom lleva razón.

Y añade que para ganar la guerra en España, con Portugal basta y sobra.



—Nostra poderosa marinha, nostra magnífica aviação, nostra numerosísima e sertera artillería de campanha e nostras terribles fábricas de munisionamiento...

Y añade que en cuante los portugueses «franquistas» sean invitados para ello (lo que pasa, claro, es que la gente se ha olvidado de que existe una porción de tierra rodeada de peus de caballo por todas partes, menos por una que se llama Portugal), la guerra de invasión en España la habrán ganado en veinte minutos.

El presidente, inútilmente, rompe cencerros y más cencerros pidiendo orden, y en vista de que no lo consigue, se adhiere al coro «protestante», bramando más y más fuerte que ninguno.



Así permanecen durante hora y media, en que, roncós, cansadísimos, se echan al suelo, viendo que Franco, Franquito, Mola, Aranda y demás compañeros de divisas se han tumbado a rumiar.—SONAJERA.





# RADIOGRAMAS DESDE EL CAMPO FACCIOSO

El otro día estábamos aquí, en la Redacción, sin saber qué camino tomar para extender nuestras informaciones, cuando se le ocurrió al encargado de las ametralladoras una idea taladrante. Fué y dijo:

—¿Y por qué no se manda a uno de estos vagos que tenéis aquí de redactores al campo faccioso? ¡Expone la pelleja, es cierto; pero, a cambio, puede contarnos cosas muy buenas! ¡Y, sobre todo, que para lo que hacen aquí!...

Claro. Hubo desmayos, bajas por asfixia y otros efectos.

Pero «todo menos el honor», que decíamos los clásicos. Y hubo que echarlo a suertes. Muy pálidos, trémulas las manos y frío el coco, comenzamos a tirar perras al aire. Que si ésta no vale, que si aquella es monárquica, que si la otra ha chocado con la mesa... Total, que después de múltiples pérdidas de calderilla—todo a cargo del administrador, que es un bendito—, le tocó la china al pobre Peláez.

No habíamos vuelto a saber de él hasta que hoy la Radio particular que usamos para nuestro regodeo empezó a mosconear: «¡Rrrrr!... ¡Bgggg!... ¡Eh, eh!... ¿Es día de caja?» Todo aquello nos dejó hondamente extrañados.

«Soy Peláez, cobardes; soy Peláez... Coged pluma y papel, que ni siquiera lo tendréis a mano, y poneos a escribir lo que os dicte, mamarrachos... Aquí Peláez, en Palma de Mallorca. ¡Buenas noches a todos!»

El más decidido—Popeye, que para eso sale a los frentes—tuvo un gesto heroico: tomó lápiz y cuartillas, y colocado a prudente distancia de la radio transcribió esta información, que ahora, más tranquilos, hemos visto que es todo un monumento y letra a letra, i a i, comunicamos a nuestros lectores, merecedores siempre de nuestros mayores sacrificios.

\* \* \*

«Palmi di Mallorqui, 27. — ¡Arriba España! A ui vuestri redactori os stampa las impresiones del giorno. Habla la Radio Nationali, camaradis.



**¡Vaya, hombre!, o la hiciste como Amancio**

(De nuestro enchufado especial.)

(¡Too esto es pa despistar, cacho gaudules!) Vuestri corresponsali Pelavichini os comunica que all hora desta, ocho de la sera, quince de la era fachisti, multiplos avionis bolcheviquis de la Espagna rossa han bombardeato



il porto della chiutá. ¡Pesata broma, válgame el chielo! ¡Por la mía donna! Empero la más pesata fué para el torpederi «Albatros», de la Alemani fachisti, qui posaba en el porto con la mejor intenchioni, para salvare a tutas las donnas y bambines della posible dominachioni espagnola. Una, otra, tres, cuatri bombas de extraordinari potenci le bambearon cual piuma de gansi. Aquesta será parlé con il embassadori germani qui m'ha ditto estas parolis: «De seguire así, paz mundiale estari piu comprometuto. Torpederi «Albatros» cumpli aquesta rada gran servici di controlli e non intervenchioni. Landaré protesto Societali di Nachioni. Aquesto no puede consentire.» Que habéis fechi, desgraciadis? Firma: Pelavichini.»

Ni que decir tiene que nos quedamos todos consternados

Pero no nos dió tiempo a pensarlo mucho. A la hora de cenar, cuando todos estábamos cerrando los ojos para disponernos a atacar a la cazuela de arroz, o pitido en nuestra radio particular.

—¿Otra vez?—vociferó nuestro director, que es todo un carácter y anda siempre con el hambre indisciplinada—. ¡Vamos, dile que no hay dinero!

«Palmi di Mallorqui, 12 horas de la sera, 15 de la era fachisti.—Pelavichini al Marconi. Habéis cenati? Ayuntamiento de Madrid

Chi lo sa! Nuveli impresionis del bombardei de la chitá. Habiamo caito en la cuenti de qui il servichi di controlli non poso hacersi piu cherca de dieci mijis di litorali. Embajador allemani me ha encargato anule papelo anteriori, y no diga anosta boca es mii.»

Estábamos ya más tranquilos; tampoco por la noticia solamente, sino comprobando los grandes adelantos que nuestro querido Peláez iba consiguiendo en el lenguaje—y dali—nacionalista, cuando: «Bggggg... Rrrrr... Piffff...», nueva llamada.

—¡Pero este Peláez será siempre idiota, digo, un idiota, maldita sea mi estampa!—clamó el director, que es un blasfemo.

Otra vez Popeye tuvo que abandonar su plato, momento que fué justamente aprovechado por Cachorro, que es todo un bigardo, e irse al aparato, que ya estaba soltando ies.

«Palmi, etc., doce horas y cuarti, etcétera. Quince de la eri, etc. Pelavichini, etc. También tengo que desmentir telegrami anteriori. Novamenti embachadore allemanni me ha llamati al ordini. Resulti que controlli no corresponsi en Mallorqui a floti allemanni, según acuerdi Comitini intervenchioni, y por tanti, torpederi «Albatris» ni Dio sabi lo que hachia in Palmi. Callari y no dechire media paroli.»

Así lo hubiéramos hecho, aunque no fuera más que porque no sé si tendremos ies bastantes en la imprenta para dar al pie de la letra los radiogramas de nuestro querido Peláez, poliglota si los hay; pero resulta que no andamos esta semana muy sobrados de reportajes para desperdiciar nada, y a última hora no ha habido más remedio que meter esto, aunque tengamos que atenernos a la tremenda venganza del embajador alemán, capaz de seguir enterándose de las reglas del control y hacer que nuestro pobre Peláez nos las vaya transmitiendo una a una en ese lenguaje que él debe creer del más puro vergonzoli.

¡La verdad es que para una vez que le hemos mandado a ver mundo!...





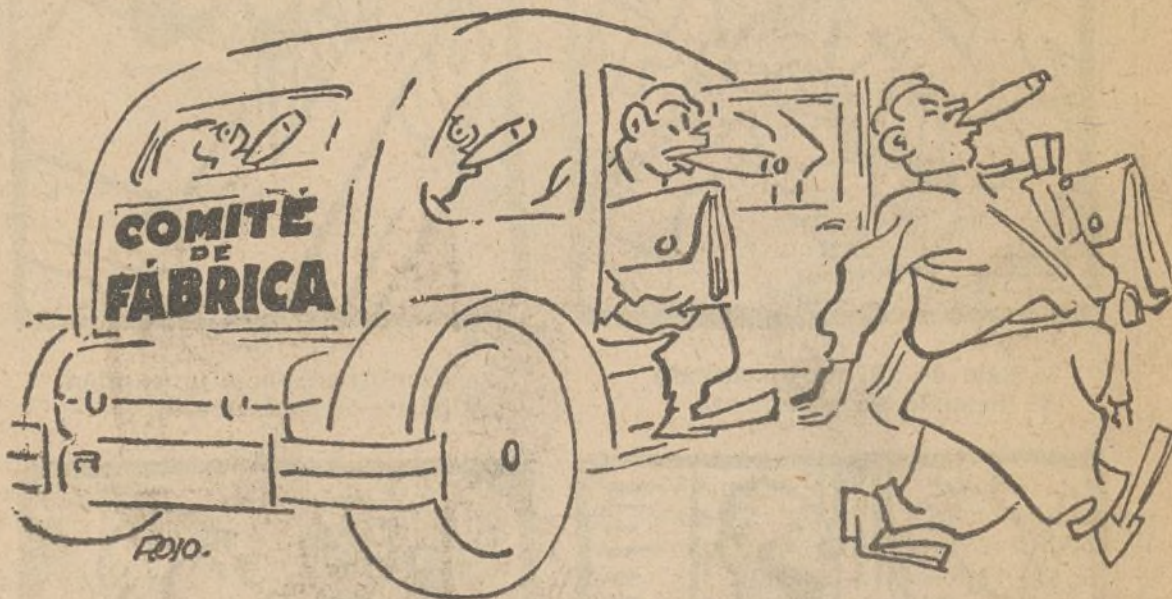
# un COMITÉ de tamaño natural

Diez de la mañana. La fábrica entra en una febril actividad.

Ante la puerta se detiene un magnífico «Rolls», del que descienden, graves y solemnes, 14 de los miembros del Comité. Sujetan en cada mano carteras de unos diez metros cuadrados, con la misma furia con que sujetarian una robusta tabla en medio de cualquier océano. Sigámosles. Después de hacer un «plongeon» en las butacas más cercanas, consultan las últimas cotizaciones del mercado de Hamburgo y desperezarse hasta alcanzar 60 centímetros más de estatura, empiezan la abrumadora tarea de encontrar sitio donde colocar las carteras. De ellas extraen, como Frégoli, zapatillas, batas de casa, ametralladoras, que montan detrás de cada mesa, y tortillas, que engullen con verdadera saña. Entran en este momento los 16 miembros del Comité que faltaban, con sendas carteras que no desmerecen nada de las anteriores, y la habitación se llena de los más variados objetos. Se repite el problema de las carteras y las tortillas. Después, y durante dos horas, no se oye más que el ja-

té. El primer acuerdo, que es tomado en medio de grandes gritos guturales, vivas a Gandhi y a los macares del Ayuntamiento de Marsella, es cambiar de sitio el reloj

los miembros del Comité, que necesitan defenderse de los cazadores de cabelleras de las Montañas Rocosas, y un mechero para un tío del contramaestre.



de pared e instalar la oficina del Comité en la nave de la fábrica, llevando las máquinas a la oficina. Luego de nuevos gritos guturales y vivas a la eugenesia, acuerdan ampliar el Comité con 35 compañeros, concediendo representación a la secta mormónica.

Después de sortear, como si fueran a devorar a uno de ellos en un naufragio, el

Posteriormente, el Comité decide hacer semana inglesa todos los días y aumentar

substituir a ese Comité que les ha salido.

EL MAS-INDICADO

## Nuestro hermano «El Cocodrilo»

En la contraportada (contraportada es la página que está a lo último de todo. Sí; porque es que la mecanógrafa se cree que eso de «contraportada» es una palabrota)... Bueno, en la contraportada verá el lector un sutil artículo de «El Cocodrilo», revista humorística de la U. R. S. S., y, por consiguiente, hermano mayor nuestro.

A «El Cocodrilo» y a NO VEAS, aunque de diferente paternidad, nos amamanta la misma madre sátira. Somos, por consiguiente, hermanos de leche. Véase si no el artículo que reproducimos de «El Cocodrilo», la gran revista de humor soviético.

Hemos de hacer una aclaración a nuestros lectores: que en «El Cocodrilo» ese artículo viene en ruso... Conviene insistir en esto, porque es que hay quien se ha creído que NO VEAS es ahí cualquier cosa. En los laboratorios de NO VEAS expertos ex psicólogos importados para este fin manipulan sin descanso y con tabaco de setenta subido para dar a sus lectores las últimas novedades importantes del mundo. ¿Que la cosa está en ruso? Nuestros catorce profesores de esperanto se ponen unas gafas muy gordas y lo traducen.

Gracias a que somos un periódico montado a la moderna, nuestros favorecedores pueden ahora relamerse de gusto con esa broma finísima que se titula «El vencedor», y en la que, con la mejor gracia, se pone de relieve la situación vergonzante de los «feroches» italianos, tan bajos de forma desde la carrera en pelo que en Guadalajara les dió nuestro siempre valeroso Ejército popular, glorioso por tantos conceptos.

Ayuntamiento de Madrid



dear ocasionado por el increíble esfuerzo.

Después de ingerir tres cuartos de kilo de cola granulada y un frasco de Ceregmil por cabeza, empiezan los trabajos del Comi-

afortunado, que revela en su rostro un mortal sufrimiento, sale a inspeccionar la fábrica. La producción ha sido grandiosa: varios cargadores de 800 tiros para las pistolas del nueve largo de



# AVENTURAS DE JABATO, PARA PASAR UN BUEN RATO.



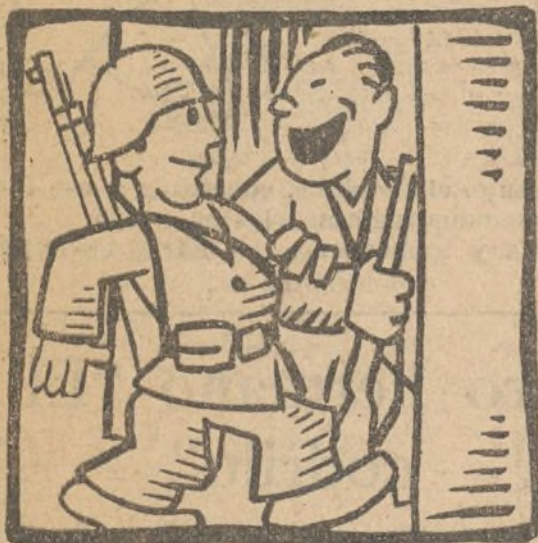
Sale de allí muy contento  
y luciendo su indumento.



Con otros sube a un camión  
y pasea la población.



Que les aplaude y jalea  
en balcones y azoteas.



Como el gaznate les rasca,  
se meten en una «tasca».



—¡Un vaso de «peleón»!  
¡Viva la revolución!



Y sopla tanto el amigo,  
que la «tajada» es de abrigo.



Toma el fresco, se le pasa,  
y va a dormir a su casa.



Y sale al día siguiente  
con una idea en la mente.



Se alista como un león  
en el primer batallón.



# Gases en el Jarama o las cosas de Peláñez, o espérate, que ya voy

(Relato al aguarrás)

Se decía en el frente que los invasores iban a arrojar gases contra las trincheras leales. La Compañía 115, de la Brigada 102 (y llevo 10), tenía a Peláñez entre sus filas, un célebre antitanquista, que en más de una ocasión había parado el avance de regimientos de carros enemigos con gar-



mamarrachos, que no dejaban tranquilo a nadie.

Todos los hombres cruzaban el río bajo una lluvia de mantequilla (bueno, es lo mismo: de la "solidaridad alemana"). Todos cruzaban el río, pero Peláñez vacilaba. Que le metiesen a él en el "fregao" más grande; pero en el agua, ¡¡¡nunca!!! No tuvo más remedio; el sargento estaba a su lado y le ponía mala jeta.

Se quitó las botas y unos trapos que llevaba por calcetines, cerró los ojos y ¡al río!

—¡Gas, gas!—se oyó gritar.

Peláñez llegó a la otra orilla con los zapatos bajo el brazo. Sus compañeros decían:

—¡Traed las caretas! ¡El enemigo ha lanzado gas!

Olia a iperita de reta-

guardia individual. Un motorista cruzó el río a galope para comunicar al mando lo que sucedía. El comandante del Batallón se trasladó por radio al lugar de la tragedia.

Se puso al frente de los



soldados y éstos atacaron. Los fascistas no esperaban esto y huyeron montados en burro. La compañía de Peláñez había obtenido la victoria. Funcionaron los telé-

BASIANO



fonos y tembló el P. O. U. M.

Pero ¡ay! Durante la noche se habían hinchado de fresas y todos se habían contaminado de colitis enterostereificada... (Bueno; ¡a mí qué! Neologismos peores se han leído.) Se relevó a la compañía y todos sus hombres fueron reconocidos por un médico de verdad, que no era de esos veterinarios pillines que se fingen médicos. Este diagnosticaba rápido.

—Antonio López. Colitis. A evacuar.

—Cristóbal Bordiú. Colitis. A evacuar.

—Hilarión Esclava. Colitis. A evacuar.

Así todos los miembros de la compañía. Llegó el turno a Peláñez. Se asombró el médico.

—¡Qué cosa más rara! Rodeado de colíticos y éste, en vez de colitis, tiene pulmonía...

—¡Claro, doctor! Me hicieron pasar el río... Se me mojaron los pies... Por primera vez en mi vida he metido los pies en el agua. ¡Pero no me pasará otra!

JETHA

Repórter en observación (1)

(1) Ya está mejor. Pero hasta hace poco nuestro desgraciado compañero se tiraba a las paredes y comía cacahuetes subido a los armarios. Necesita lugares húmedos. Le hemos guardado en el sótano hasta el próximo número de NO VEAS.



banzos de pega. Peláñez, como todos sus compañeros, estaba mosca por lo de los gases, y se pasaba todo el día olfateando la atmósfera.

El enemigo inició un fuerte cañoneo. Palabra que sí. Todo cristo estaba atento al menor movimiento de zancudos, civilones y otras especies de mamíferos antimarxistas.

En la Comandancia se de-



liberaba ampliamente con objeto de preparar el contraataque. El heroico comandante Martínez ordenó que la compañía de Peláñez, o mejor dicho, que Peláñez y compañía atravesasen el Jarama en dirección a las posiciones de aquellos



# BUENOS CHICOS QUE SOMOS

La Prensa — sí, hombre, con mayúscula; la prensa que se escribe con minúscula es la que no nos elogia — nos ha dispensado una cariñosa acogida. ¡Ustedes no saben! ¡Es un escándalo, vamos!

Como que habíamos pensado hacer como que no salíamos ya, a ver si se calmaba esta expectación!

Estamos que reventamos de contentos.

¡Porque hay que ver que está bien puesto eso que pone "Claridad" refiriéndose a NO VEAS!:

"En medio de la hora presente, tan sobrecargada de dolor, se estaba echando de

menos la buena nota jocosa que fertilizase el ánimo para no anquilosarlo en la tragedia."

Y añade que esa necesidad es la que viene a llenar NO VEAS.

Pues y cuando "Política" va y dice:

"En las páginas de NO VEAS alterna el más fino humorismo con la ironía, no exenta de intención política, que hace de él un buen instrumento de propaganda al mismo tiempo que un exponente agradable de jocosidad fecunda."

¡Eh? ¡Qué tal? Gracias, colegazos. Los ojos con que nos miráis. Si nosotros so-

mos finos, vosotros lo sois más, que al final hasta nos felicitáis y nos deseáis que prosperemos.

Pero lo que nos ha llenado de emoción es la ocurrencia de esa simpaticona de "La Voz". ¡Pues no nos elogia bajo un epígrafe que dice PERIODISMO...! ¡Qué chufona! No; eso ya no. Nosotros no perdemos la cabeza. Sabemos que somos ex fenómenos de barraca de feria amaestrados para NO VEAS. Aquí no hay más persona normal que nuestro director Bardasano. Ese, sí. Se encierra con nosotros en NO VEAS sin miedo ni nada. Sólo lleva un

látigo y un pito. Grita "¡Hopp!!", y en seguida salen veinte o treinta reportajes interesantes.

En fin..., ¡que estamos de moda! "El Sol", ese gran rotativo que no veas lo que va a dar que hacer, también nos dedica su más amable saludo. Y "La Libertad". Y "El Sol"... ¡Ah, que ya lo habíamos dicho!... Bueno; muchos, todos. Todos, sí. Porque los que no nos hayan elogiado no existen. ¡Verdá «usté» que no?

¡Caray! Se nos olvidaba dar las gracias. Esto se nos olvida siempre. Menos ahora; ¡Gracias, camaradas!



EL GUARDA.—¡Que te la estás jugando!



1. ¡Un carrillo de verdura! ¡Y solo! ¡Vaya ocasión!...
2. ¡A mi ma dao la vez esta compañera!...
3. ¡¡¡Su abuela!!! ¡No se le güerven las flores lombrices!...



MOLTO VIVACE

Visado por la Censura  
y todo



# Pisa Mundial



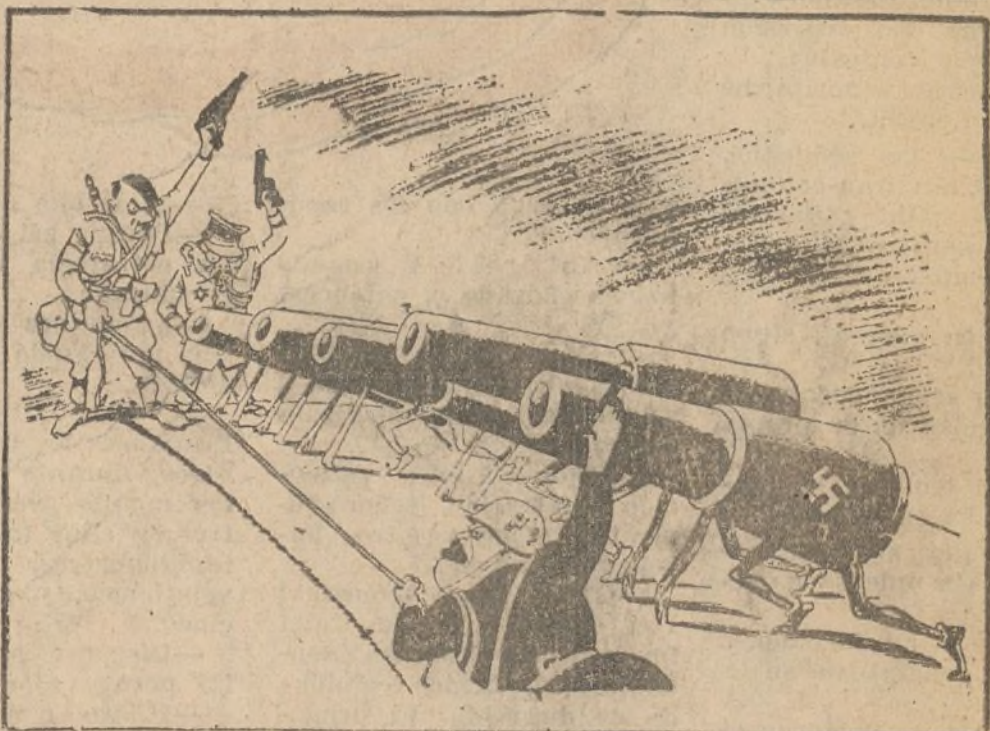
El asador Roma-Berlín preparando otro bocado: Austria.

(De «Groene», Amsterdam.)



—No podrán decir que en Alemania carecemos de materias alimenticias: nos sobra carne de cañón y grasa para fusiles.

(De «Pravda», de Moscú.)



LA CARRERA DE ARMAMENTOS EN LOS PAISES FASCISTAS  
(Todos sabemos cuál es la meta.)

(De «Pravda», Leningrado.)



—¡Qué barbaridad! Alemanes, italianos, moros, portugueses...

—¡Qué quiere usted! ¡Es la guerra civil!...

(De «El Nacional», Méjico.)



LA REHABILITACION DEL CAMBIO  
(Nueva teoría alemana.)

Alemania exhibe sus métodos para facilitar el intercambio de primeras materias.

(De «Vendredi», París.)



# EL VENCEDOR

En un café de la plaza del centro de Méjico está sentado el teniente Fabricio Chichilini, convaleciente de unas heridas. Su brazo derecho, en cabestrillo, llama la atención de los paseantes y de los clientes del café. El teniente toma un refresco rojizo, con paja, y echa miradas a dos señoritas, sentadas en la mesa vecina.

Las señoritas cambian miradas significativas, y después de hablar en voz baja, una de ellas pregunta al teniente:

—Señor teniente, ¿ha estado usted en Abisinia?

El rostro de Fabricio Chichilini toma una expresión importante y contesta:

—No, querida señorita; he estado en España.

—¡Oh! — las señoritas, fascinadas, le miran con admiración—. ¡Oh! ¿Qué tal está allí nuestro Ejército, señor teniente? ¿Sigue vencedor?

—Sí..., en general, sigue venciendo...

Fabricio se da cuenta de la inseguridad de su propia voz.

—¡Señor teniente, cuéntenos su lucha en España!

El teniente se rasca el cabello, y sin muchas ganas empieza:

—Pues... he luchado... como en general se suele luchar...

—¿Ha estado usted en el frente de Guadalajara?

Separando un poco su silla, el teniente contesta:

—Sí.

—¡Cuéntenos, cuéntenos, señor teniente!

Fabricio mira a las señoritas. Se da cuenta de que no hay escape posible. Sencillamente, aquellas muchachas no habrán leído más que Prensa fascista, naturalmente. Y entonces, encogiéndose de hombros, empieza:

—¡Les hemos dado cada paliza a esos campesinos españoles!...

—¿De veras?

—¡Y tanto! ¡En muchos años no olvidaremos lo de Trijueque!...

—¿Nosotros o ellos?

—Eso es..., naturalmente, ellos... En general, todos lo recordaremos.

—¿Habéis atacado durante mucho tiempo, señor teniente?

—Bastante, hasta que he-

mos chocado con los republicanos.

—¡Ah! ¿Sí? Y cuando habéis chocado..., entonces, ¿qué?

—¿Cómo qué?... También hemos seguido atacando..., solamente que en dirección contraria.

—¿Qué significa «dirección contraria», señor teniente? ¿Que vosotros habéis retrocedido?

—¡Por Dios, señoritas! Los soldados de la Italia fascista no retroceden! Sencillamente, hemos cambiado de dirección. Al principio hemos adelantado, y luego..., también adelantado, pero de lado.

—¿Por qué de lado?

—Porque así era preciso. La estrategia es un arte complicado.

—¿Cómo es eso? ¿Habéis perseguido a los españoles?

—¡Claro! ¡Directamente! Pisándoles los talones. Nosotros, durante el día, por los montes, veinte kilómetros, y ellos también veinte kilómetros. Nosotros, veinticinco, y ellos, veinticinco...

—Dispense, señor teniente; pero ¿quién avanzaba?

—¡Claro que nosotros! ¿Acaso los fascistas pueden dejar a alguien el primer puesto? ¡Nosotros



EL ITALIANO AL TELEFONO.—¡No mande artillería pesada! ¡Luego, para retroceder con ella, nos vemos negros!...

siempre los primeros!

—No lo entendemos. Pero, diga: treinta o cuarenta kilómetros al día, ¿es mucho? ¡Eso debe de ser muy duro!

—¡Oh! Para nosotros, nada. Tan ligeritos; claro que abandonamos los cañones, los trenes de campo, los cartuchos..., naturalmente, los que sobraban.

—¿Fué por orden del mando, señor teniente?

—¡Sí! ¡Luego, después, también hubo mando!

—Y prisioneros, ¿habéis cogido?

—¿Prisioneros? ¡Una enormidad! Nuestra compañía, muchos, muchos prisioneros.

—¿Y cómo son? ¿Cobardes?

—¡Cobardes acabados! ¡Traidores! Apenas se hacen prisioneros, se alistan en el Batallón Garibaldi y luego nos gritan por radio: «¡Os han engañado! ¡Los republicanos tienen razón!»

—¡No entendemos nada, señor teniente! ¿Qué radio? ¿Quién tiene razón?

—¡Ah!... No, nada. ¿Razón? ¡Claro! Es decir... ¡Figúrense!

—¿Y habéis avanzado muchos kilómetros en dirección a Madrid como resultado del ataque? ¿Treinta kilómetros? ¿Más?...

—No... ¡Verán ustedes! Es decir: cincuenta o sesenta. Hubo momentos en los cuales se notaba cómo los aviones alemanes bombardeaban a Madrid, y después, el ataque... ¡Y luego un silencio por los montes! No se oía nada más que el cañoneo. El nuestro, claro.

—Perdón, señor teniente: ¿habéis atacado o retrocedido?

—Ya les he dicho: atacado. Pero eso es la guerra. Tarea difícil. En la guerra estás atacando, atacando, y de repente de que te han echado unos kilómetros más acá o más allá... Acaso se ha retrocedido. Pero no es retroceder. En fin, ustedes perdonen, señoritas queridas; pero de esto sólo entienden los estrategas...

El teniente Chichilini llama al camarero, paga la cuenta, coge del brazo a las muchachas y con paso majestuoso se aleja del café.

Iván DITIA